Se vende la colección de la *Revista Blanca*, excepto los números 42, 51, 53, 54, 55, 56, 57, 58 del 61 al 68, del 86 al 96, ambos inclusive, 147, 163, 164, 167 y 168, á cinco céntimos número. Diríjase al Centro Instructivo Obrero, San Felú de Guixela. Siendo el producto á favor de la biblioteca, se suplica que el pedido vaya acompañado del importe. El franqueo á cargo del comprador. Ha quedado constituida en Zaragoza una agrupación femenina, domiciliada en la Federación local de sociedades obreras, con el fin de procurar la emancipación de la mujer. Uno de los domingos del corriente mes, se celebrará una conferencia de propaganda en su domicilio social.

Para el Congreso de Amsterdam hemos recibido de Bilbao las siguientes cantidades, que hemos entregado á la respectiva Comisión: M. P., 1,00; E. T., 1,00; D. E., 1,00; F. G., 1,00; A. L., 0,55; total, 4,55; descontando giro envían 4,20.

Nuestro correspondiente en Sanlúcar de Barrameda, M. Sánchez, nos indica el proceder de algunos que no dejan de recibir números y más números de *TIERRA* y, sin embargo, no lo pagan. Sensible es que así se exprese un compañero que siempre ha cumplido bien con esta Administración; pero lo es aún más el que algunos, convertidos en lectores gratuitos del periódico, contribuyan á su desaparición.

Desde Sevilla se nos envía para su publicación el siguiente sueldo: «Habiendo ocurrido en este grupo algunas disidencias por falta de afinidad, lo que motivó la retirada de algunos compañeros, y no habiendo aparecido éstos á liquidar sus cuentas, como era su deber, lo hacemos aquí público para conocimiento de los interesados y satisfacción nuestra. He aquí nuestra liquidación: Dejé de ser tesorero Fernando Hurtado el día

13 de febrero con un ingreso de 23,75 pesetas y con un gasto de 22,50; la diferencia de 1,25 se entregó á José Herrera, actual secretario de este grupo. Cotizaciones desde el 16 de febrero al 13 de abril, 13,70. Gastos desde el 2 de marzo al 13 de abril, 19,47; producto de prensa, 6,35. Total de gastos e ingresos: Ingresos, 43,80; gastos, 42,57. Queda 1,23 que dedicamos á los presos por cuestiones sociales.—Por el grupo, M. Solano, José Herrera, Fernando Hurtado y Francisco Guerrero. Nota. No hacemos la liquidación íntegra por no ocupar mucho espacio en el periódico. Los compañeros que deseen conocerla que la soliciten.»

Habiendo dejado de pertenecer al grupo «11 Noviembre», de Sevilla, el puesto de periódicos establecido en San Pedro (esquina de Bolsa y Calceta), se pone en conocimiento de los compañeros que en lo sucesivo se envíe la correspondencia dirigida al grupo indicado al compañero Miguel Solano, Recaredo, 13, Sevilla.

Recientemente se ha constituido en Valencia un grupo con la denominación de «Labor anarquista», el cual nos ha remitido ocho pesetas para contribuir á los gastos del Congreso de Amsterdam.

Dicho grupo desea relacionarse con todos los constituidos, y su dirección es: José Soler, San Ramón, 12, portería, Valencia.

Los compañeros L. L. Asensio, A. Alcocer, G. Hernández, J. M. Soria, A. C. Carreño, F. Campos, J. G. Ruiz y A. H. Martínez, de Gergal (Almería), nos han enviado 10,00 pesetas, de cuya cantidad hacemos la distribución en correspondencia.

Se ruega á los Centros de Estudios Sociales que se hallan establecidos en España envíen uno ó más Estatutos por que se rigen á nombre de Antonio Hernández Martínez, calle Sebastián Pérez, Gergal (Almería). (Se desea la reproducción en la prensa libertaria.)

Nuestro colega *Luz y Vida* enviará 30 ejemplares á la dirección arriba indicada.

Nuestro colega *El Trabajo*, de Sabadell, cambiará la dirección de Nemesio Orita, de Logroño, por esta otra: Salto de agua, Panzares (Logroño).

Se ha publicado el número 2 de nuestro querido colega *Rebelión*. Publica el siguiente sumario: «Páginas de oro», A. Lorenzo; «Alrededor de unos procesos»; «Lilialles», por Estetín Liberty; «Ten pudora», poesía, Armando Vasseur; «TIERRA Y LIBERTAD»; «Rápida», Ramón Prieto; «A los del puente republicano»; «A mi hermana», Jesús Iglesias; Nuestra denuncia; Notas sueltas; Correspondencia, etc., etc., y la continuación de «La Novela Roja».

Correspondencia y giros á Luis M. Mocoora, Lista de Correos, Madrid.

Bibliografía

La acreditada casa editorial F. Samper y Compañía, de Valencia, nos ha remitido un hermoso libro titulado «La pintura en Italia». La citada casa, como siempre, ha cumplido su compromiso publicando los tres tomos del «Viaje por Italia» del ilustre crítico francés Taine. La nueva obra describe, del modo como sabía hacerlo Taine, sus impresiones en un largo viaje por el país del arte. La traducción es esmeradísima. Como todas las obras publicadas por esta casa, «Viaje por Italia» lleva en la cubierta el retrato del autor y se vende en todas las librerías á peseta el tomo.

La Biblioteca de *Salud y Fuerza*, que en corto espacio de tiempo, por el tema de sus publicaciones, ha logrado popularizarse y ser acogida favorablemente por los amantes de la buena lectura, acaba de publicar en folleto la hermosa conferencia del eminente escritor francés, Bernardo Lazare, «La Libertad». Esta conferencia es de alto concepto social é

individual y está desarrollada con frase sugestiva y ardiente.

Como todas las obras que publica la Biblioteca *Salud y Fuerza* Plaza Comercial, 8 (Borne), Barcelona, sus condiciones económicas son inmejorables, lo que hace presumir que dicho folleto alcanzará gran éxito.

Con el lema de POR LA VERDAD, La *Obra de F. Ferrer Guardia*, se nos ha remitido el prospecto anunciador de un número extraordinario de *Humanidad Nueva*.

En el texto aparecerán firmas conocidas, entre ellas la de C. Malato, J. Grave, F. Ferrer y Guardia, Anselmo Lorenzo, Federico Urales, Soledad Gustavo, Antonia Maymó, Paraf-Javal, Bidart (catedrático francés), Ballester Soto, Heleno, S. Torner, Carmen de Burgos, Gustave Geffroy y otros; ilustrándola el retrato del señor Ferrer y numerosas fotografías de escuelas libres.

Aparecerá en la primera quincena del corriente mes, en los días que en Madrid se celebrará la vista de la causa que se sigue contra Ferrer, Nakens y otros.

Paquete de 30 ejemplares, 4,50 pesetas; ídem de 15, 2,25; número suelto, 0,20; pago anticipado.

Para pedidos dirigirse á *Humanidad Nueva*, plaza de Pellicera, 1, Valencia.

Correspondencia administrativa

Mérida de Yucatán.—Recibido por conducto de «Naturas», 15,00 pesetas. Castellón.—A. I. ídem 2,60. Almería.—F. M. ídem 7,00. Riotinto.—Grupo «Vanigni». ídem 50,00; por paquetes, 10,50; como donativo, incluso sobrante folletos, 10,15; por folletos, 2,95; para «Salud y Fuerza», 4,20; para presos, 11,70; para «El Porvenir del Obrero», como donativo, 8,00; para el Congreso, 1,50 y 1,00, 0,50 de H. C. y 0,50 de V. G. que entregamos. Coruña.—M. R. ídem 11,35. El envío lo hacemos regularmente, como á todos. En cuanto á los números recibidos de menos podemos ha-

bernos equivocado. Lo tendremos en cuenta. Panamá.—S. G. ídem 65,00; por paquetes, 25,00; para el Congreso, 20,00; para «El Hombre y la Tierra», 10,00 y 10,00 para presos. Alcalá de Guadaíra.—Ídem 4,00; por paquetes, 1,55 y 2,45 para presos. No tenemos noticias de ese periódico. Bilbao.—C. D. ídem 5,00; para el Congreso, 4,20 y 0,80 por números. Enviamos los seis de M. L. á tu dirección. Sanlúcar de Barrameda.—M. S. Aedeur, incluso el número 24, 17,50 pesetas. Asquerosa.—A. B. ídem, incluso el núm. 23, 10,00 ptas. San Francisco de California.—F. B. Recibimos 8,75 pesos como donativo. Justificaremos cuando los cobremos. Toledo.—J. A. ídem 5,00. Enviaremos libros. Zaragoza.—Grupo «Via Libre». Entregamos 10,00 para el Congreso de Amsterdam. Santander.—M. M. Recibimos 8,00 ptas. Santoña.—F. H. ídem 2,00; como donativo, 1,00, 1,00 para las hojas publicadas en Sabadell. Las 2,00 se entregaron á su debido tiempo. Ahora no se publica. Estepona.—I. N. ídem 2,00; por paquetes, 1,50 y 0,50 por hojas de Sabadell. Gergal.—A. H. ídem 10,00; para presos, 5,00; para el Congreso, 4,00 y 1,00 como donativo. Las 10 pesetas que recibimos por conducto de «La Voz del Cantero» están anotadas en tu cuenta de paquetes, según carta de L. L. A. Para «Luz y Vida» no hemos recibido nada nosotros de J. M. S. Irán los folletos. Gibraltar.—E. A. Enviamos 15 números. Los artículos se extravieron. Envía otros. Algeciras.—M. L. ídem 11,00; por paquetes, 10,00 y 1,00 como donativo. Bujalance.—F. G. ídem 4,00; por paquetes, 2,00; para «Rebelión», 1,00 y 1,00 para el Congreso. Tortosa.—D. B. ídem 10,00; por paquetes, 5,80 y 4,20 como donativo. Logroño.—N. O. ídem 3,00; para los compañeros de Barcelona, que estuvieron presos en Madrid, 2,00 y 1,00 por hojas de Sabadell. Imprenta José Ortega, San Pablo, 60.—BARCELONA

El Centenario de la Revolución

Si la historia de la gran Revolución, tal como ha sido narrada por Michelet, Luis Blanc y aun por Mignet, ha ayudado poderosamente á despertar en el mundo entero el espíritu de rebeldía y de odio á los tiranos, ha hecho por otra parte un mal increíble cultivando el prejuicio gubernamental, dando á los gobiernos revolucionarios y al club jacobino una importancia que jamás han tenido, borrando el importante papel que representaron las masas y creando de este modo una tradición revolucionaria absolutamente falsa.

leyendo esas historias casi os hallaréis tentados á creer que son los representantes del pueblo los que han hecho la Revolución, los que han tomado la iniciativa de socavar el viejo edificio y los que han derribado el antiguo régimen, haciendo de vez en cuando un llamamiento al pueblo para sostener sus reivindicaciones. Nada más lejos de la realidad y nada más falso que esta manera, muy acreditada, de concebir la Revolución. Los representantes de la nación ciertamente que han trabajado en organizar el poder de la burguesía, en preparar el gobierno centralizado que hoy conocemos, funcionando única y exclusivamente en provecho de la burguesía. Y aun esto lo han hecho á medida que la Revolución popular destruía el antiguo régimen, procurando salvar de los ímpetus revolucionarios los restos de las instituciones del pasado.

Respecto á su fuerza de ataque, fué verdaderamente insignificante, pudiéndose afirmar sin exageración que toda la obra de la demolición fué hecha por el pueblo, fuera de la acción de las asambleas y contra su voluntad. Fué el pueblo quien abolió las servidumbres feudales, á pesar de la resistencia de sus representantes. Fueron los desamortizados los que desorganizaron todos los rodajes de la antigua monarquía: sus parlamentos, sus instituciones provinciales, su administración fiscal y su fuerza de represión, á pesar de los decretos feroces lanzados contra ellos por los que se llamaban sus representantes.

Se ha dicho algunas veces que los representantes del pueblo en la Asamblea Constituyente, en la Legislativa y sobre todo en la Convención, han sancionado, á lo menos, los hechos revolucionarios realizados. Aun es demasiado decir. Todo lo que el pueblo ha podido obtener de estas Asambleas—después de haber obrado contra sus órdenes precedentes—fué obligarlas á reconocer ciertos hechos y traducirlos en leyes; pero aun entonces aquellas leyes, las más avanzadas, fueron siempre compromisos con el pasado. Especie de componendas por las cuales se procuraba salvar, en presencia del pueblo sublevado, alguna parte de los antiguos privilegios (1).

Puede decirse, pues, que las Asambleas, la Convención inclusive, fueron siempre un obstáculo á la Revolución. Nunca tomaron la iniciativa de la obra revolucionaria, aunque digan lo contrario Michelet ó Luis Blanc.

Imposible nos sería, dado el corto espacio de un periódico, seguir paso á paso la Revolución para demostrar lo que acabamos de consignar. Sin embargo, algunos ejemplos bastarán para probar la exactitud de nuestras afirmaciones.

Tomemos el hecho más importante de la Revolución—la abolición de los derechos feudales—y veamos cómo se ha verificado. Conocida es ya la leyenda de la noche del 4 de agosto de 1789. El clero y la nobleza, embargados de súbito entusiasmo, en un arranque patriótico, habrían abdicado voluntariamente de sus derechos en esta noche memorable. Así lo quiere la historia. Y, para probarlo, ¿acaso no tienen los discursos declamatorios del duque de Aiguillon, del duque de Noailles, del arzobispo de Chartres y de una docena de hidalgos?

¡Palabras y más palabras! Entusiasmo que sólo duró algunas horas, aun cuando fuese sincero.

Por de pronto, es cierto que fué una noche de pánico y no una noche de entusiasmo. Los palacios ardían. Las tres quintas partes de las residencias de los ricos en las provincias del Este habían sido saqueadas en el decurso de algunas semanas. Algunos señores feudales se les había aplicado fuego á los pies para obligarles á abdicar de sus privilegios. No hay que decir que las cartas llegadas á París abultaban los sucesos.

«No son los malhechores los que hacen esto»—exclamaba el duque de Aiguillon;—en ciertas provincias el pueblo ha hecho una especie de liga para demoler las fincas de los ricos, talar los bosques y sobre todo apoderarse de los archivos en los cuales estaban depositados los títulos que consignaban los censos feudales.

Fué, pues, el pánico lo que habló; no el entusiasmo.

«Pero ¿qué proponen esos bravos revolucionarios del tercer estado en presencia de la *Jacquerie*?»

Consultad el *Monitor* y veréis que han venido á la sesión para pedir una ley que proteja á los nobles contra los campesinos revoltosos. Afortunadamente, los nobles se hallan mejor informados sobre el estado de las campañas. Saben que si tal estado de cosas continúa todos sus privilegios desaparecerán. Lo que á ellos importa es salvar lo esencial sacrificando «sobre el altar de la patria» lo que no tiene ningún valor. Entonces se apresuraron á renunciar á las servidumbres personales—cosa que los campesinos habían abolido de hecho hacia siete ú ocho meses—y renunciar á la justicia señorial, que tampoco podían ejercer, puesto que la justicia campesina es lo que privaba en esos momentos.

Pero, después de todas esas abdicaciones, ¿qué decide la Asamblea Constituyente?

La Asamblea Constituyente declara que los derechos feudales quedan abolidos; así es como empieza su decreto. Pero cinco ó seis líneas más abajo nos hace saber que sólo queda abolido lo que ya no existía—las servidumbres personales,—las cuales ya no existían desde 1788.

Respecto á las servidumbres verdaderas, —enfiteusis, censos, cánones, etc., etc.—las únicas que tenían un valor pecuniario, continuación del mismo modo que antes. Los campesinos tendrán el derecho de redimir las, si llegan á un acuerdo con sus señores sobre el precio del rescate. La Asamblea revolucionaria hizo menos, respecto á este punto, que el gobierno ruso en 1861. La Asamblea no hizo obligatorio el rescate, ni determinó el precio del mismo.—«Arreglaos con vuestros señores. Si ellos os dejan redimir los censos feudales, lo haréis; si no, no lo haréis. Pero pagad, pagad inmediatamente, porque si no las municipalidades se encargarán de ponerlo á raya.»

He aquí la esencia de los famosos decretos del 5, 6, 8, 10 y 11 de agosto. Ahora se comprenderá por qué ni uno, ni uno sólo de los historiadores de la Revolución ha publicado nunca el texto de esos decretos.

«El descontento es general en las campañas con motivo de los decretos»; esto escribía la reaccionaria señora de Staël. «Si no se mejora su estado, la *Jacquerie* va á empezar de nuevo.»

Y en efecto, empezó de nuevo tomando mucha más extensión el movimiento.

En el fondo, los decretos del 5 al 9 de agosto no eran más que declaraciones de principios. Esos legisladores tan limpios de estilo, tan claros cuando se trataba de promulgar una ley concierne á la organización de la autoridad burguesa, se limitaban á puras frases cuando se trataba de poner mano sobre algunos privilegios económicos, privilegios de que ya gozaban, juntamente con los nobles.

Así, pues, no es de extrañar su lentitud en promulgar decretos. Habiendo el rey rehusado su sanción, tampoco se apresuraban á hacerle obedecer. Fué menester que el

pueblo y las mujeres condujesen al rey á París en 5 de octubre y le hiciesen sentir la presión de la ciudad insurreccionada, para obligarle á dar su sanción. Pero aun después de haber obtenido la aprobación de los decretos que sancionaban los derechos feudales imponiendo el rescate, la Asamblea se guardó muy bien de promulgar esos decretos. Limitóse tan sólo á enviarlos á los parlamentos, y el hecho es que jamás han sido debidamente promulgados.

Sin embargo, los campesinos, conjeturando que de lo que se había tratado en Versalles era los censos feudales, vieron en ello un nuevo estímulo para su enérgica actitud. Y en efecto, continuaron la *Jacquerie*, de tal modo que en febrero de 1790 el Comité de relaciones aseguraba que la insurrección campesina continuaba aún. Afirmaba también que las comarcas de Querey, la Ruerga, Périgord y Baja Bretaña se hallaban en plena insurrección, habiéndose extendido hacia el Oeste. Acababa pidiendo medidas de rigor contra los campesinos. ¿Y qué hizo la Asamblea nacional? Expresó sus sentimientos, pero aprobó el proceder de las municipalidades que ahorcaban sumariamente á los campesinos sublevados (se habían ahorcado ya 20 en Macon, 12 en Douai y así sucesivamente) y ordenó que se pusiese en vigor el decreto de 10 de agosto, decreto verdaderamente draconiano contra los «malhechores».

Solamente hasta marzo de 1790 la Asamblea no se decidió á dar un nuevo paso para precisar la abolición de los derechos feudales. Pero aun en junio del mismo año hacía una ley en virtud de la cual los que no pagaran los diezmos, los derechos señoriales y terrazgos, etc., etc., serían castigados severamente. ¡Qué decimos! Bastaba atreverse á hablar en contra de los tributos feudales para ser entregado á los rigores de la ley marcial.

Afortunadamente, la Francia carecía de gobierno sólido. Las Asambleas se sucedían y los jefes carecían de verdadero poder, así en París como en provincias. Había algo así como una chispa de Anarquía... La *Jacquerie* continuaba y los derechos feudales se abolían de hecho, aun cuando la ley continuaba reconociéndolos.

En 14 de junio de 1792 los derechos feudales fueron abolidos mediante una ley. ¿Quiere saberse cómo? En el preciso momento en que sólo había en la sala 200 diputados de la izquierda de los 497 que componían la Cámara, Jarnac se apresuró á presentar una ley que reconocía el hecho verificado en las poblaciones, y que fué votado por aquel puñado de diputados.

¿Y aun se nos habla de los principios de 1789 y del importante papel de las Asambleas revolucionarias? ¡Mentira! ¡Fábula hecha para engañar á los rebeldes humanos! Pero aun hay más. Hay la gran cuestión que importaba al campesino: la cuestión de la tierra. Conviene, pues, que digamos cómo fué tratada la cuestión de la tierra por las «Asambleas parlantes» de la Revolución, y cuyo trabajo reservamos para el artículo siguiente.

VI Y ÚLTIMO

Antes de terminar este trabajo, de suyo largo, sobre la gran Revolución, creemos conveniente presentar un ejemplo para demostrar palpablemente la actitud que observaron los revolucionarios burgueses hacia el pueblo insurreccionado.

Sabido es que en Francia, como en los demás puntos de Europa, los municipios formados por campesinos poseían todo el territorio comunal. El señor—barón, conde ó duque—sólo tenía derecho sobre el trabajo (cierto número de jornadas) de los cultivadores establecidos sobre las tierras sometidas á su jurisdicción, estando obligado en cambio á armar y mantener cierto número de soldados para las necesidades de la guerra. Respecto á la tierra, ella pertenecía á los campesinos, y fué menester todo el enredo del derecho romano, comentado é interpretado por los legistas, para conceder á los señores la más mínima porción de terreno, del cual no habían sido nunca propietarios, como los emperadores de Alemania ó

Rusia, por ejemplo, no lo han sido nunca del suelo de sus respectivas naciones.

Sábese también que durante la segunda mitad de la Edad Media, los señores han procurado acaparar la mayor parte de las tierras en otro tiempo comunales, habiéndolo al fin conseguido.

Sin embargo, en el siglo XVIII los Municipios poseían aún inmensas porciones de territorio, las cuales fueron el objetivo permanente de la codicia de los señores, por una parte, y de los campesinos enriquecidos, por otra. Durante el siglo XVIII, los señores eran los que imponían la ley, creando un estado de cosas, del cual se aprovecharon éstos largamente para apropiarse las tierras comunales de un modo escandaloso. Hicieron como los señores ingleses han hecho durante los últimos cien años, apoderándose de las mejores tierras y dejando á los Municipios el litigio de las que ellos mismos estaban seguros de perder.

Cuando la Revolución empezó por los motines en las ciudades, los campesinos perseguían dos fines principales: la abolición de los censos feudales, y la nueva toma de posesión de las tierras usurpadas por los señores laicos y eclesiásticos y que pertenecían al antiguo dominio de los aldeanos.

Respecto al primer punto, ya hemos visto cómo los revolucionarios burgueses han trabajado para mantener la mayor cantidad posible de servidumbre en los comienzos de la Revolución. Respecto al segundo,—las tierras comunales,—su acción tuvo el mismo carácter.

Los campesinos se aprovechaban del desorden sembrado en el Gobierno para apoderarse de nuevo de sus tierras; y los revolucionarios burgueses, para quienes los hisriadores han guardado todas las atenciones, impedíanlo por todos los medios. Y cuando, á pesar de sus leyes feroces contra los que «atentaban contra la propiedad», los campesinos hubieron reconquistado una buena parte de sus tierras comunales, los burgueses se valieron de mil medios para guardar el botín entre sus manos. He aquí cómo:

Hasta los tiempos de Turgot, las aldeas francesas estaban organizadas casi como lo están aún las aldeas rusas. Su régimen consistía en la celebración de asambleas generales de todos los jefes de familia para discutir en común los asuntos del Municipio. Puede decirse que era el *mir*, tal como lo han descrito Laveleye para Rusia y Babeau para Francia. La población repartía la posesión temporal de las tierras del común, verificándose hasta en ciertos puntos la repartición de los campos cultivados, tal como se hace aún en Rusia. La aldea entera era responsable del pago de los impuestos.

Turgot cambió todo esto. La responsabilidad de los Municipios fué abolida, y, bajo pretexto de que las asambleas generales eran «demasiado tumultuosas», este amigo del orden burgués las suprimió de una plumada. Satisfecho de su obra, las reemplazó por asambleas elegidas, cuyos miembros eran escogidos de entre los notables del pueblo. Los proletarios campesinos—aquellos que no poseían ni buey, ni carreta y que sólo cultivaban un trozo de tierra á fuerza de trabajo (los cuales eran muy numerosos)—perdieron de este modo toda influencia sobre el reparto de los bienes comunales.

Turgot hizo lo que los burgueses rusos harán el día en que dispongan del gobierno del país.

La Revolución no hizo más que proseguir la obra de Turgot. Ella también se apresuró en dividir la Francia en ciudadanos *activos* y ciudadanos *pasivos*. Los primeros solamente, es decir, los más ricos, tenían derecho al voto en los asuntos municipales ó nacionales. El poder político y el poder económico marchaban aliados; es decir, cuando una parte de las tierras comunales fué recuperada por los campesinos, la asamblea legislativa se apresuró á autorizar á los Municipios—mejor dicho, los Consejos municipales elegidos por los ricos—la venta de los bienes comunales.

Excusado es decir que con este procedimiento los mejores trozos de tierra pasaron

en poder de los grandes burgueses de la población.

Pero los proletarios no se avinieron con semejante despojo, y en todas las poblaciones se trabó una lucha entre ricos y pobres. Allí donde los campesinos se consideraban con suficiente fuerza de ataque, invadían las municipalidades y expulsaban á los ricos á garrotazos, rompiendo y quemando las actas donde se hallaban consignadas las ventas.

Entre tanto, como la Revolución popular lenta sus flujos y sus reflujos, acabó por obligar á la Legislativa á suspender esas ventas de bienes comunales. Pero poco después los burgueses se apoderaban de nuevo de las tierras, votando—imposible parece—el reparto de los bienes comunales en partes iguales entre los ciudadanos *activos solamente*.

Los pobres, los proletarios de las campañas, fueron excluidos del reparto. La familia que no tenía más recursos que el prado comunal para hacer paecer algunos carneros y los montes públicos para recoger la leña, se vió privada de este último recurso. No le quedó más remedio que abandonar la campaña y emigrar hacia las ciudades á aumentar las filas del proletariado industrial.

Al fin y al cabo, eso es lo que convenía á los burgueses. Soñaban con la gran industria y el comercio exterior, y el aumento del proletariado les venía de molde. El ideal de los Robespierre y de los Saint Just era la Constitución y la industria inglesa, industria para la cual necesitábase un proletariado numeroso, millones de miserables que viviesen al día y que se viesen obligados á venderse por uno ó dos francos diarios. Los burgueses también necesitaban trabajadores sin organización de ninguna clase; y, abolidos ya los gremios, la burguesía se apresuró á votar leyes draconianas contra las coaliciones obreras y las huelgas, reputadas en aquel tiempo como antipatrióticas.

Merced á ese reparto de las tierras comunales entre los ricos solamente, la burguesía mataba dos pájaros de un solo tiro, como suele decirse. Logró que los campesinos influyentes siguiesen á remolque de la Revolución, y creó á la vez el proletariado necesario á la industria.

Afortunadamente, la *Jacquerie* de los desheredados renació con nuevo vigor contra los acaparadores burgueses, y en la Convención la lucha se tradujo por la insurrección de algunas secciones de la *Comune*, la destitución de ésta y la matanza de los girondinos.

Durante este corto intervalo del triunfo de los anarquistas, el pueblo pudo obligar á la Convención á votar una ley según la cual las tierras tomadas á los señores que pertenecían antes á los Municipios, debían ser divididas en partes iguales entre todos los habitantes del pueblo. Medida igualitaria á primera vista, pero que jamás se ha puesto en vigor. Los proletarios de las campañas preferían refundir su parte en las tierras comunales, antes que entrar en posesión de un trozo de tierra—el más malo seguramente—que habrían tenido que abandonar por imposibilidad de poder cultivarlo.

Añadamos, en conclusión, que «el orden» fué pronto restablecido por Robespierre guillotinando «á los anarquistas», (así es como se llamaba á los hebertistas y á todos los revolucionarios irrespetuosos de la propiedad burguesa), y que las leyes contra los acaparadores, no siendo otra cosa que un compromiso, no hacían más que confirmar la propiedad burguesa aun limitándola muy modestamente.

Pero esta limitación, como es sabido, desapareció bien pronto cuando el partido de los jacobinos, dueño de la situación, pero abandonado por los revolucionarios del pueblo, despareció con el golpe de Estado thermidoriano.

Tales son, en resumen, los hechos de la gran Revolución, los cuales hemos procurado analizar, aunque muy ligeramente, para enseñanza de todos los revolucionarios.